



Muerte

y más allá virtuales

Gonzalo Soltero

LA MUERTE SE HA HECHO PRESENTE en Internet desde que ésta comenzó a popularizarse a fines del siglo pasado. Se originó por curiosidades mórbidas como el reloj que calcula la fecha de tu muerte (deathclock.com), descontando en el resultado los segundos que le quedan a uno de vida. Findagrave.com desarrolló una base de datos alimentada con fotografías que permite rastrear los restos de personajes famosos por todo el mundo, las circunstancias de su deceso, ver fotos del túmulo y hasta dejarles una florecita virtual.

No tardaron en darse iniciativas para preservar la memoria de seres queridos o para expresar las emociones de los deudos mediante la red. Según Douglas Davies, quien escribió *A Short History of Death*, uno de los pocos mecanismos para enfrentar el duelo es la acción, a veces sin importar realmente de qué tipo de actividad se trate. Intercambiar mensajes en línea, ver o subir fotos o dejar una entrada alusiva en un blog son tareas que pueden tener efectos emocionales positivos. Lo mismo ocurre con transmisiones en vivo de funerales para familiares que no pueden asistir a ellos. Lo anterior se ha incrementado notoriamente a partir del auge de las redes sociales y tecnologías asociadas a la comunicación humana. Hoy día los deudos reciben recordatorios constantes sobre la ausencia de sus seres queridos recién fallecidos al ver su nombre en el directorio de su celular o en la lista de sus contactos de Skype.

Hace un par de años esto alcanzó un punto ríspido cuando Facebook estrenó la función que sugiere a los usuarios interactuar con algunos de sus contactos. Con los millones de habitantes que tiene el sitio se desató una ola de agravo, pues a una cantidad considerable se les propuso comunicarse con amigos o familiares que habían muerto hacía poco. En respuesta Max Kelly, entonces jefe de seguridad en Facebook, comentó en un post la decisión de convertir los perfiles de usuarios fallecidos en memoriales (on.fb.me/nEEELz). Kelly mencionaba que las redes sociales tratan básicamente de relaciones humanas, pero ¿cómo mantener esas relaciones más allá de la vida? ¿Cómo manejar la interacción con alguien que ya nunca podrá acceder a sus cuentas?

La decisión causó todo tipo de reacciones, en parte porque ahora el perfil no “muere” sino que entra en una especie de suspensión inanimada. Los comentarios y las fotos eran borrados, causando devastación entre la gente cercana, pues con frecuencia no existían en ningún otro lado. Una madre se lamentaba de que al dolor de perder a su hijo se sumara el dolor de perder todas las contribuciones escritas que había hecho a su vida, sin haber tenido oportunidad de respaldarlas. Otra chica comentaba que el perfil de su madre, quien murió luego de tres meses de batalla contra el cáncer, le había servido para mantener informado sobre su padecimiento al círculo cercano de la enferma. Pero cuando alguien notificó a Facebook de su muerte, a pesar de tener la contraseña, perdió el acceso al perfil y con ello a los amigos de su mamá.

También hubo reacciones positivas como la sugerencia de que, así como sucede con los cumpleaños,

hubiera recordatorios sobre la fecha en que fallecieron para poder dedicar algunos momentos a recordarlos. Es curioso cómo los perfiles comenzaron a ocupar el lugar que tradicionalmente tenían los restos humanos y sus receptáculos. Varios refieren el consuelo que sienten por la posibilidad de visitar las páginas de sus seres queridos; para quienes viven lejos sustituye la opción de ir a visitar su tumba.

A la vez, hay una creciente gama de opciones para decidir en vida qué hacer con todo lo que uno tiene en línea una vez que transmigre a dominios todavía más etéreos que los del ciberespacio. Si la cantidad de contraseñas que uno llega a manejar estando en este mundo puede ser una pesadilla, tras la muerte, la pesadilla puede convertirse en un infierno para los deudos. Esto queda muy claro en el caso de las cuentas bancarias, pues con frecuencia uno no comparte los códigos de seguridad que dan acceso a los fondos, y el trámite con los bancos para recuperarlos puede ser sumamente engorroso. Pero no es el único caso. El novio de una amiga murió inesperadamente. Poco tiempo después recibió un correo suyo. No se trataba de un mensaje de ultratumba, sino de la ex mujer que había conseguido acceso a su cuenta de correo y decidió usarla para hostigar a mi amiga, usando incluso archivos e información *muy* personales que encontró en la computadora del difunto, la cual por motivos legales pasó a su propiedad (se habían separado pero no divorciado).

Justo la idea de un buen número de servicios al respecto es que uno pueda evitar este tipo de situaciones. Páginas como legacylocker.com, deathswitch.com o mywebwill.com se encargan de darte control sobre

ese dominio digital después de la muerte. En algunos casos se trata de enviar correos a los destinatarios que tú decidas, ya sea con información delicada o mensajes más personales a los que se pueden añadir archivos adjuntos. También permiten desactivar o borrar blogs, cuentas de correo, de fotos, Twitter, Facebook, etcétera, o decidir a quién pasar los datos para que continúe operándolos. Llegan a ser tan específicos que puedes programar tus últimas palabras en dichos foros (para que la posteridad no te agarre desprevenido) y decidir qué foto quieres dejar en tu perfil. El costo varía, pero en promedio es de unos 20 dólares anuales. Una opción totalmente gratuita es ifdie.org, que se encarga más bien de mensajes escritos, los cuales almacena para enviarlos después de tu muerte. Las cartas se guardan encriptadas bajo una contraseña que tú eliges.

La mayoría de estos sitios funcionan mandándote un correo cada tanto para verificar si sigues por acá. En caso de que no respondas en un lapso de tiempo prede-

terminado, entonces contactan a varias referencias para confirmar tu estado vital. Precaución que se agradece porque, como puedes dejar hasta improperios para tu jefe o bitácoras amorosas, las consecuencias podrían ser catastróficas. Las referencias obviamente las define el usuario de antemano y son informadas al respecto, de lo contrario las funciones automatizadas de estos servicios podrían volverse criminales al preguntarle a una madre desprevenida si efectivamente su hijo ya colgó los tenis, mientras que el vástago está de vacaciones o perdió la contraseña de su cuenta de correo.

Como ya le dedicamos a los mundos virtuales una cantidad de tiempo que comienza a competir con nuestras horas de sueño, no está de más decidir en el peor de los casos qué hacer con ese alter ego virtual. Debido a que tanto el patrimonio como lo íntimo discurren cada vez más en esos dominios, más que un testamento se trata de una especie de seguro de vida digital. ■■



Fotografías: Alejandro Arteaga